

El imaginario indígena en el *Arauco domado* de Lope de Vega

The Indian Imaginary in Lope de Vega's *Arauco Domado*

Carlos Mata Induráin

GRISO-Universidad de Navarra

cmatain@unav.es

Las guerras de Arauco inspiraron en el Siglo de Oro numerosas obras literarias y, en el género concreto del teatro, varias comedias y un auto sacramental. Dentro de ese *corpus* dramático destaca *Arauco domado*, comedia de Lope de Vega, que fue una de las obras encargadas por la familia Hurtado de Mendoza para vindicar la figura de don García, relegado a un segundo plano en *La Araucana* de Ercilla. En este trabajo se analiza la imagen de los indígenas ofrecida por Lope: los araucanos, con Caupolicán al frente, aparecen caracterizados como valientes e indómitos guerreros defensores de su libertad, pero también con rasgos de fiereza y crueldad (sobre todo, la antropofagia). También se analizan los aspectos relacionados con la vida araucana (costumbres, creencias religiosas, armas, comida y bebida, etc.) que se mencionan en la comedia. Cabe concluir que el reflejo de ese imaginario indígena araucano es fundamentalmente libresco, siendo *La Araucana* de Ercilla el principal referente y la fuente de inspiración última.

Palabras clave: Lope de Vega. *Arauco domado*. Guerras de Arauco. Teatro histórico. García Hurtado de Mendoza. Caupolicán.

Arauco wars inspired numerous literary works in the Golden Age, and in the specific genre of theater, various comedies and a sacramental play. Within this dramatic corpus stands *Arauco domado*, a comedy by Lope de Vega, which was one of the works commissioned by the Hurtado de Mendoza family to vindicate the figure of Don García, relegated to second place in *La Araucana* de Ercilla. This paper analyzes the image of Indians offered by Lope: Araucanians, with Caupolicán as a leader, are characterized as brave warriors and indomitable defenders of their freedom, but also with signs of fierceness and cruelty (especially cannibalism). It also discusses aspects of Araucanian life (customs, religious beliefs, weapons, food and drink, etc.) included in the comedy. It can be concluded that the reflection of that Araucanian imaginary is fundamentally result of reading, with *La Araucana* de Ercilla as the main reference and source of inspiration.

Keywords: Lope de Vega. *Arauco domado*. Arauco Wars. Historical Drama. García Hurtado de Mendoza. Caupolicán.

Recibido: 2 de mayo de 2011

Aprobado: 30 de agosto de 2011

De entre las varias piezas existentes en el *corpus* del teatro español del Siglo de Oro que toman como asunto las guerras de Arauco, sin duda la más conocida y la que más bibliografía ha generado –dada la trascendencia de su autor– es *Arauco domado* de Lope de Vega. En este trabajo me propongo un análisis del imaginario indígena reflejado en esta comedia; pero, antes de nada, recordaré, siquiera de forma somera, algunos detalles acerca de la fortuna literaria que tuvo esa materia relacionada con las guerras de aquel “Flandes indiano”¹ que fue Chile.

1. Fortuna literaria de las guerras de Arauco

La presencia de América en la literatura española del Siglo de Oro constituye un tema que ha sido bastante estudiado, especialmente en lo que concierne a autores mayores como Lope o Tirso de Molina². Si nos ceñimos más concretamente a las guerras de Arauco, apreciaremos el tratamiento literario de esa materia en géneros muy diversos, que van desde las crónicas hasta el teatro, pasando por la poesía épica. De los cronistas, historiadores y autores de relaciones, hay que recordar los nombres de Jerónimo de Vivar, Juan de Cárdenas, Alonso de Góngora Marmolejo, Pedro de Valdivia, Pedro Mariño de Lobera, Alonso de Ovalle, Diego de Rosales, Alonso González de Nájera o Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, entre otros; en el territorio de la épica, las dos obras fundamentales son *La Araucana* de Alonso de Ercilla y Zúñiga y *El Arauco domado* de Pedro de Oña, sin que convenga olvidar otros títulos como *El Purén indómito* de Hernando Álvarez de Toledo o *Las guerras de Chile*, poema atribuido a Juan de Mendoza y Monteaudo.

En el teatro, esta materia araucana la encontramos plasmada en piezas como *La belígera española* (1616), de Ricardo de Turia (seudónimo de Pedro Juan Rejaule y Toledo); *Algunas hazañas de las muchas de don García Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete* (1622), obra colectiva de nueve ingenios; *Arauco domado* (1625), de Lope de Vega; *La Araucana*, auto sacramental de principios del siglo XVII, atribuido a Lope (ver Mata Induráin, 2011); *El gobernador prudente* (1663), de Gaspar de Ávila, y *Los españoles en Chile* (1665; ver Mata Induráin, 2008)³, de Francisco González de Bustos, títulos a los que podríamos añadir, con matices, *El nuevo rey Gallinato*, de Andrés de Claramonte (comedia que tiene una ambientación vagamente chilena y, en cualquier caso, no específicamente araucana).

¹ Este sintagma remite al título de la *Historia general del reino de Chile, Flandes indiano* escrita por Diego de Rosales.

² Ver, entre otros muchos posibles, los trabajos de Arellano, 1992; de Pedro, 1954; Dille, 1988; Franco, 1954; Kirschner, 1996; Ruiz Ramón, 1993 o Zugasti, 1996. No citaré por extenso la bibliografía específica sobre *Arauco domado*, que es bastante amplia (destaco solo algunos aportes: Corominas, 1981; Leavitt, 1963; Martínez Chacón, 1965; Muñoz González, 1999 y Ruano de la Haza, 2004); una buena y actualizada recopilación puede verse en el libro reciente de Moisés R. Castillo *Indios en escena*. Coincido plenamente con la interpretación global de la comedia que ofrece Castillo (2009: 75-96), a la que remito para más detalles. Cito *Arauco domado* por la edición de Jesús Gómez y Paloma Cuenca, pero modificando bastante, en busca del mejor sentido, las grafías y la puntuación.

³ Las fechas que menciono en este listado son las de publicación de las obras, no las de redacción.

Existe bibliografía particular sobre la materia de Arauco en el teatro, y a ella remito para más detalles, especialmente a las monografías de conjunto de Lerzundi, 1996 y Lee, 1996 (ver también los de Antonucci, 1992; Janik, 2004 y Lauer, 1994). Ahora quiero recordar dos ideas tópicas que suelen mencionarse al tratar de estas cuestiones: por un lado, la escasa presencia del tema americano, en general, en el teatro español del Siglo de Oro; por otra parte, dentro de ese *corpus* reducido, la abundancia de temas y personajes relacionados con las guerras de Arauco (ver, por ejemplo, Antonucci, 1992: 21 y 44-45). ¿Por qué se escribieron tantas comedias ambientadas en ese contexto chileno? Creo que podemos dar por buenas las razones aportadas por Dille:

El número desproporcionado de comedias sobre Chile se debe a, por lo menos, tres factores: primero, precisamente porque no era un país rico, no se podía culpar a los españoles de estar allí por motivos indignos. Segundo, es la admiración por la heroica resistencia de sus pocos habitantes. A diferencia de México y del Perú, Arauco era muy pequeño, pero presentaba la máxima dificultad a los esfuerzos españoles para incorporarlo dentro del imperio. [...] Tercero, las expediciones a esta lejana parte del imperio tuvieron la suerte de ser immortalizadas por Alonso de Ercilla y por Pedro de Oña en obras del género de máximo prestigio –la epopeya. Así los escritores del siglo XVII podían inspirarse directamente en dos famosas obras literarias. Además, parece que la influencia de Ercilla era también indirecta porque aparentemente *Algunas hazañas* y *El Arauco domado* se escribieron para halagar al hijo del Marqués de Cañete, que quedó resentido porque Ercilla no hizo mucho caso de su padre en la famosa *Araucana* (1988: 493).

2. Ercilla y García Hurtado de Mendoza

La última de las razones que apunta Dille me lleva a considerar el antecedente remoto que está en el origen de la redacción de varias de estas obras, que fueron un encargo por parte de la familia Hurtado de Mendoza (ver Dixon, 1993). Recordemos que *La Araucana* de Ercilla presenta la peculiaridad de ser un poema épico sin héroe: quien debería, sobre el papel, ser el protagonista principal de la epopeya, el capitán de las huestes españolas tras la muerte de Valdivia, don García Hurtado de Mendoza, aparece, sí, mencionado elogiosamente en algunas ocasiones, pero en modo alguno alcanza la categoría de héroe épico. Si queremos buscar un héroe en *La Araucana*, este sería colectivo: el pueblo mapuche en defensa a ultranza de su libertad; y, si hubiera que individualizarlo en la persona de uno de sus protagonistas, entonces sería el *toqui* Caupolicán.

La razón de ese retrato “de bajo perfil” –por así decir– con que aparece caracterizado el Marqués de Cañete en *La Araucana* la tenemos en el incidente personal que tuvo lugar entre don García y Ercilla, ocurrido en la ciudad de La Imperial en 1558, que recogen los cronistas y que se menciona también en el

juicio de residencia al gobernador, y que el propio soldado-escritor evoca en un par de ocasiones en su poema (se refiere a ese incidente como “un caso no pensado”). En efecto, después del regreso de las tropas españolas de su expedición al canal de Chacao y el archipiélago de Chiloé, se celebraron en La Imperial unas fiestas y justas, en las que se produjo cierto incidente por el que Ercilla fue detenido por orden de don García y condenado a muerte, si bien luego esa pena le fue conmutada por la de destierro. Así lo evoca Góngora Marmolejo en su crónica (cito por la reciente edición de Miguel Donoso):

Don García, estando en este tiempo en la Ciudad Imperial regocijándose en juegos de cañas y correr sortija, con otras maneras de regocijo, quiso un día salir de máscara disfrazado a correr ciertas lanzas en una sortija por una puerta falsa que tenía en su posada, acompañado de muchos hombres principales que iban delante, y más cerca de su persona don Alonso de Arcila, el que hizo el *Araucana*, y Pedro Dolmos de Aguilera, natural de Córdoba. Un otro caballero llamado don Juan de Pineda, natural de Sevilla, se metió en medio de ambos; don Alonso, que le vido venía a entrar entre ellos, revolvió hacia él echando mano a su espada; don Juan hizo lo mismo. Don García, que vido aquella desenvoltura, tomó una maza que llevaba colgando del arzón de la silla y, arremetiendo el caballo hacia don Alonso, como contra hombre que lo había revuelto, le dio un gran golpe de maza en un hombro, y tras de aquel otro. Ellos huyeron a la iglesia de Nuestra Señora y se metieron dentro. Luego mandó que los sacasen y cortasen las cabezas al pie de la horca; y él se fue a su posada y mandó cerrar las puertas, dejando comisión a don Luis de Toledo que los castigase; mas en aquella hora muchas damas que en aquella ciudad había, queriendo estorbar el castigo o que no fuese con tanto rigor, quitándole alguna parte del enojo, con algunos hombres de autoridad entraron por una ventana en su casa y se lo pidieron por merced. Condescendiendo a su ruego, los mandó desterrar de todo el reino (286-287).

Disponemos también del testimonio que nos proporciona el juicio de residencia a don García:

144. Item, se hace cargo al dicho don García que quiso matar con una porra en la ciudad Imperial a don Alonso de Ercilla y don Juan de Pineda, y fue tras ellos por los matar con ella, que fue y eran términos muy ajenos y fuera de justicia.

Pero me interesa recordar sobre todo la versión de los hechos que ofrece el propio Ercilla en su célebre poema. Así, en el canto XXXVI escribe:

A La Imperial llegamos, do hospedados
fuimos de los vecinos generosos,

y de varios manjares regalados
 hartamos los estómagos golosos.
 Visto, pues, en el pueblo así ayuntados
 tantos gallardos jóvenes briosos,
 se concertó una justa y desafío
 donde mostrase cada cual su brío.

Turbó la fiesta un caso no pensado,
 y la celeridad del juez fue tanta,
 que estuve en el tapete ya entregado
 al agudo cuchillo la garganta;
 el enorme delito exagerado
 la voz y fama pública le canta,
 que fue solo poner mano a la espada,
 nunca sin gran razón desenvainada⁴.

Este acontecimiento, este suceso
 fue forzosa ocasión de mi destierro,
 teniéndome después gran tiempo preso,
 por remediar con este el primer yerro;
 mas, aunque así agraviado, no por eso
 (armado de paciencia y fiero hierro)
 falté en alguna lucha y correría,
 sirviendo en la frontera noche y día.

Además, en el canto siguiente, el XXXVII y último de *La Araucana*, califica a don García de "mozo capitán acelerado":

Ni digo cómo al fin, por accidente,
 del mozo capitán acelerado
 fui sacado a la plaza injustamente
 a ser públicamente degollado;
 ni la larga prisión impertinente,
 do estuve tan sin culpa molestado,
 ni mil otras miserias de otra suerte,
 de comportar más graves que la muerte.

Sin duda, al momento de componer *La Araucana* Ercilla no habría olvidado todavía este grave incidente personal, y esta es la razón que explicaría el no haber dado el suficiente relieve a la figura de don García Hurtado de Mendoza. Por el contrario, en su poema nos ofrece una visión muy idealizada de los indios araucanos, denodados defensores de su libertad e independencia, hecho que le ha valido la calificación de "primer indigenista". Como acertadamente escribe Campos Harriet,

Necesitaríamos copiar casi todas las estrofas de los treinta y siete cantos de *La Araucana* si quisiéramos señalar las

⁴ Recordemos la inscripción que figuraba grabada en las hojas de muchas espadas de la época: "No me saques sin razón. No me envaines sin honor".

muestras de admiración, de amor y de comprensión que siente Ercilla por el pueblo araucano. Los nombres de los caciques: Colo-Colo, Lautaro, Caupolicán, Angol, Lincoyán, Rengo, Tucapel, Paicaví, Orompello, Ongolmo, Ainavillo y tantos otros, como las figuras femeninas de las hermosas Gualda, Tegualda, Guacolda, Fresia, por Ercilla exaltadas e idealizadas, tienen hasta hoy la más grande vigencia, y ello es el mayor homenaje que el pueblo de Chile ha podido tributar al poeta (1969: 199).

Esta reflexión me sirve para subrayar que esa idealización de los araucanos tan notoria en *La Araucana* se transmite, en mayor o menor grado, a todas las obras teatrales que inspiró, varias de las cuales fueron escritas –como ya señalé– por encargo de la familia Hurtado de Mendoza. En todas ellas apreciamos que los personajes araucanos están idealizados como guerreros valientes y galanes, que pueden parangonarse en nobleza y cortesía con los españoles; y lo mismo sucede con las mujeres araucanas, que desempeñan en estas obras la función dramática de damas (hermosas, nobles y discretas), sin mayores diferencias con las protagonistas europeas de otras piezas de la comedia nueva. Es decir, los araucanos comparten el mismo código de valores (nobleza, honor, caballerosidad, valentía...) que sus enemigos, lo que no impedirá que se apunten algunos rasgos negativos de ellos (barbarie, crueldad...); por lo demás, ha de tenerse en cuenta que magnificar al enemigo ponderando su fuerza y sus cualidades positivas es una forma indirecta de engrandecer a sus conquistadores. Eso sí, cabe decir que los denodados esfuerzos de esta campaña de propaganda no lograron el objetivo de convertir a don García en un héroe literario de categoría épica. En cambio, quienes sí han quedado en el recuerdo y en el imaginario colectivo han sido los bravos araucanos, con su *toqui* Caupolicán a la cabeza⁵.

3. La imagen del indio en *Arauco domado* de Lope de Vega

Esta comedia, cuyo título completo es *Arauco domado por el Excelentísimo Señor don García Hurtado de Mendoza*, se publicó en la *Parte veinte de las comedias de Lope de Vega* (Madrid, viuda de Alonso Marín, 1625), aunque la redacción debió de ser mucho más temprana, en torno a 1599, tal como ha venido señalando la crítica. Según escriben sus editores modernos, Jesús Gómez y Paloma Cuenca, “La acción de la tragicomedia, como se denomina en las ediciones antiguas, es enteramente bélica; versa sobre la expedición de castigo capitaneada por García Hurtado de Mendoza en 1557” (XI-XII, en su estudio preliminar a Lope de Vega, *Comedias*, vol. IX).

Arauco domado fue una de esas comedias escritas por iniciativa de la noble familia de los Hurtado de Mendoza con el fin de enaltecer la figura de don García. Campos Harriet, tras recordar que la obra fue “el encargo de don [Juan Andrés] Hurtado de Mendoza, quinto Marqués de Cañete, hijo de don

⁵ Baste mencionar el memorable soneto en alejandrinos, titulado “Caupolicán”, que le dedicara Rubén Darío en su poemario *Azul* (1888). Ver los trabajos de Auladell, 2004 y 2007 y Romanos, 1993.

García, siempre deseoso de honrar la memoria de su padre y de acrecentar la gloria de la Casa de Mendoza" (241), apostilla: "El tema, las hazañas de don García en la guerra de Arauco en Chile. La intención, manifiestamente apologética" (1969: 243). En la dedicatoria "A don [Juan Andrés] Hurtado de Mendoza, su hijo, Marqués de Cañete", el propio Lope recuerda que su padre fue "freno español y yugo católico de la más indómita nación que ha producido la tierra", al tiempo que se refiere a su pieza como "esta verdadera historia" (751). De todo el ciclo de comedias araucanas, ya indiqué que esta es la más conocida y la que cuenta con más bibliografía, por su calidad dramática y su interés, sin duda, pero sin duda también por ser quien es su autor.

La imagen de los indígenas araucanos que encontramos en la pieza está bastante idealizada; se pondera, sobre todo –y como no podía ser de otra manera–, su carácter indómito: para los araucanos, tenaces defensores de su libertad, es preferible la muerte a una vida de sometimiento a los españoles, tal como reflejan numerosos pasajes del texto. Ni que decir tiene que el binomio *esclavitud / libertad* recorre la pieza desde su comienzo hasta el final. Ya el propio título de *Arauco domado*, al igual que sucedía en la obra homónima de Oña, sugiere esa idea de sujeción a un yugo, frente a la rebelión contra el invasor y la defensa de la libertad que lleva a cabo el pueblo mapuche, idea que se hace presente desde el diálogo inicial entre Tiplco, indio yanacona, y Rebolledo, uno de los combatientes españoles:

TIPALCO	¿Que este soldado, amigo, es don García?
REBOLLEDO	Este es aquel Hurtado de Mendoza que a gobernar su padre a Chile envía.
TIPALCO	La libertad que el rebelado goza en el gobierno de la gente anciana aumentarse con la gente moza. (753)

Merece la pena recordar también el parlamento de Galvarino, después de que le hayan cortado las manos, en el tercer acto. La acotación indica: "*Salte Galvarino, con las manos en unos troncos de sangre*" (827); tras interrogarse con estas palabras: "¿Cuánto mejor es morir / con las armas peleando / que vivir sirviendo un noble / como bestia y como esclavo?", arenga a los suyos de esta manera:

iDesdichados de vosotros,
araucanos engañados,
si vendéis la libertad
de vuestra patria a un extraño,
pues que pudiendo morir
llenos de plumas y armados,
queréis morir como bestias
en poder destos tiranos!
¿Será mejor que esas plumas
de que os miráis coronados,
esas macanas famosas,
esas flechas, hondas y arcos,
llevar las cargas a cuestas

destos españoles bravos
y morir en los pesebres
de sus galpones y tambos?
¿Será mejor que esos hijos
vayan de leña cargados
y que sus madres les den,
con vuestra afrenta y agravio,
siendo amigas de españoles,
otros mestizos hermanos
que los maten y sujeten
con afrentas y con palos?
Mirad lo que hacéis, chilenos;
morid con honra, araucanos... (827-28)

Galvarino ya no tiene manos para manejar las armas, pero sí una lengua valiente para exhortar a los suyos a la pelea. Sus palabras hacen mella en los araucanos y Tucapel, Rengo y todos los demás, así caudillos como guerreros en general, juran luchar a muerte contra los españoles⁶.

En fin, cabría recordar igualmente el importante diálogo entre don García y Caupolicán hacia el final de la comedia; cuando el español le recuerda al indio que era vasallo del rey de España y le debía fidelidad, el *toqui* responde proclamando orgullosamente su libertad:

CAUPOLICÁN	Libre nací. La libertad defendí de mi patria y de mi ley; la vuestra no la he tomado.
GARCÍA	Si por ti no hubiera sido, Chile estuviera rendido.
CAUPOLICÁN	Ya lo está, si estoy atado.
GARCÍA	Mataste a Valdivia, echaste muchas ciudades por tierra. Tú diste fuerza a la guerra, tú la gente rebelaste, tú venciste a Villagrán, y tú morirás por ello.
CAUPOLICÁN	Aun bien que tienes mi cuello en tus manos, capitán. Venga a Felipe, derriba a Chile, ponle a sus pies, que en esta vida que ves todo su poder estriba. (840) ⁷

⁶ Orompello, por ejemplo, exclama: "¡Desdichados de vosotros / si los cuellos no domados / rendís una vez al yugo / de los fieros castellanos!" (829).

⁷ Notemos, de paso, el orgullo de Caupolicán, para quien todo Arauco se reduce a su persona: Chile ya está rendido si él está atado; en su propia vida estriba todo el poder de Chile, etc.

Ese tema del cautiverio general de Arauco se concreta, en el desarrollo dramático de la pieza, en algunos casos particulares de cautiverio: así, el de Tucapel, que será liberado por Gualeva; el de Gualeva, quien permanece un tiempo con los españoles, si bien no en calidad de cautiva, sino como invitada; el de Galvarino, cruelmente castigado con la pérdida de las dos manos; y, por supuesto, el cautiverio final de Caupolicán, cuya condena a muerte en castigo a su rebeldía se pretende sirva como ejemplo y escarmiento para los de su raza⁸. Merece la pena destacar que aquí esa muerte de Caupolicán empalado se presenta como decisión de don García, quien, en cualquier caso, se ofrece para ser su padrino de bautismo, y que esta circunstancia establece entre ambos, el español y el indio, un *parentesco* (tal es la palabra empleada por don García: “este parentesco haremos”, 844), con lo que la asimilación del *otro*, del bárbaro salvaje, es total: unidos –emparentados, hermanados– en la misma fe de Cristo, ya no hay diferencias entre europeos y araucanos. En cambio, en otra comedia del ciclo, *El gobernador prudente*, de Gaspar de Ávila, se dice que la orden para el ajusticiamiento fue dada por Reinoso, circunstancia que exculpa a don García de un acto tan cruel; ocurre que la de Ávila es una obra más panegírica todavía que la de Lope, donde don García es más que nunca San García.

No hay propiamente en *Arauco domado* ningún caso de cautiverio de amor, motivo usual en otras piezas de este *corpus* de comedias araucanas (ver Mata, 2011); es decir, no surge una relación sentimental entre una india y un español. Esa posibilidad queda solo levemente apuntada cuando don Felipe de Mendoza, hermano de don García, se siente herido por las flechas de los ojos de Gualeva, lo que le lleva a ponderar galantemente su belleza con el habitual léxico petrarquista. Este episodio sentimental (805-807) no alcanza después un desarrollo dramático mayor, pero su inclusión demuestra que el amor no está del todo ausente en medio de una guerra tan encarnizada; porque, como indica Alarcón con bella y sentenciosa frase, “Suele Amor / trocar con Marte las armas” (788; ver Castells, 1998).

3.1. Araucanos valientes, orgullosos... y bárbaros

En las páginas que siguen voy a desarrollar con más detalle cómo aparece reflejado el imaginario indígena en la comedia lopesca. Una primera idea, nuclear en la obra, es la caracterización de los araucanos como seres indómitos (un análisis léxico nos revela la repetición frecuente de adjetivos como *rebeldes*, *libres*, *invictos*, *fuertes* y otros similares), pero también salvajes, fieros y bárbaros.

Repasemos primero algunas menciones a propósito de la rebeldía: Rebolledo explica que es “la inquietud del indio rebelado” lo que impedía que se pudiese tener el Santísimo Sacramento en la iglesia de La Serena (754); se habla de “la libertad que goza / Chile, rebelde y traidor” (758, don García); “esta rebelde gente” (758, don García); “los fieros araucanos, / de

⁸ También encontramos diversos casos de cautiverio de españoles, como el de Rebolledo, al servicio del humor, o el de Guillén, a quien mata Galvarino, acción que sirve para justificar el cruento castigo que se aplica después al indio (la mutilación de ambas manos).

Valdivia vitoriosos" y sus "nunca vencidos pechos" (762, Pillalonco); "vuestros rebeldes cuellos" (762, Pillán); "los rebeldes indios araucanos, / fiados en la muerte de Valdivia / y en que también a Villagrán vencieron" (769, don Alonso), etc. Los araucanos están acostumbrados a derribar por tierra los fuertes de los españoles y a matarlos, tal como revelan estas palabras de Fresia: "No será cosa nueva / que el muro a la tierra igualen, / y algo se han de detener / en pasarlos a cuchillo" (775). Por su parte, Caupolicán exhorta a los suyos de este modo:

iOh, valientes araucanos!
Ahora es tiempo; mirad
que es gran bien la libertad,
y que hoy está en vuestras manos.
Tocad a guerra, saquemos
las armas que dieron muerte
a Valdivia, y este fuerte
de Penco por tierra echemos. (766)

El propio don García pondera la extraordinaria fuerza de sus enemigos:

GARCÍA Si las fieras naciones del estado
de Arauco, no domado eternamente,
con rebelada frente se desvían;
si al rey, a quien servían, la obediencia
niegan con tal violencia; si mataron
a Valdivia, y llamaron a altas voces
a un bárbaro, feroces, rey y dueño,
¿qué importa que el isleño se nos rinda
que con Arauco alinda, pues se espera
guerra dudosa y fiera? (768-69)

Y reconoce que estos araucanos a los que se enfrenta no son indios pacíficos como los que encontrara Colón en el Caribe:

GARCÍA iCon qué extraños instrumentos,
música, voces y grita
su general solicita
a sus soldados contentos!
Si de aquesta suerte fueran
los indios que vio Colón,
tarde en aquesta región
los españoles se vieran. (771-72)

Esta misma idea –la no mansedumbre de los indígenas de la Araucanía, su condición bastante distinta a la de los nativos que Colón encontró– se reitera en otras ocasiones, por ejemplo, en boca de Rebolledo:

iPues en verdad que no son
de los indios desarmados
que hallaba en selvas y prados,
como corderos, Colón,

sino los hombres más fieros,
 más valientes, más extraños
 que vio este polo en mil años. (782)⁹

Don Felipe, por su parte, reconoce que los araucanos "son / de indomable condición" (806); y de "araucanos fuertes" califica a los suyos Caupolicán (816). Cuando algunos de ellos quieren tratar de paz, su general señala que rendirse "grande infamia me parece, / ni ser de nadie vasallos" (795), para añadir enseguida:

¿Quién ha de poder sufrir
 que estos indomables brazos
 sujete el yugo español
 ni el imperio de hombre humano? (795)

Es, por tanto, Arauco una "tierra belicosa y rebelada" (780), una "tierra mal conquistada" (787); se menciona "esta tierra pertinaz" (797, Rengo) y "la guerra pertinaz" (824, Tucapel). Las palabras de don García con que acaba el primer acto nos hablan, en efecto, de un Arauco todavía no domado: "Chile, yo he de sujetarte, / o tú quitarme la vida" (784); un Arauco que ha de terminar siendo sojuzgado, "aunque arrogante / del yugo ahora la cerviz levante" (831). En el acto tercero, con la captura y muerte de Caupolicán, el capitán español creará que ha sujetado el territorio ("Pacífica tengo ya / la más indomable tierra", indica, 839; "hoy pacíficas a Chile", le dice Avendaño, 839), pero los hechos históricos posteriores ponen de relieve que aquellas guerras que tanta sangre española costaban se prolongarían aún por mucho más tiempo, y que la pacificación definitiva de la Araucanía no se lograría hasta bien entrado el siglo XIX, con posterioridad a la independencia de Chile...

Además del de *rebeldes*, otros calificativos que se repiten aplicados a los araucanos son los de *bárbaros*, *fieros* y *cruels*; es más, en ocasiones quedarán equiparados a animales. Rebolledo habla de "la gente / bárbara que en Arauco se derrama" (753); Tipalco, indio yanacona, evoca a "los que mataron a Valdivia", de los cuales dice que "con Caupolicán y Tucapelo / están más fieros que áspides en Libia" (754); don García llama *bárbaro* a Caupolicán (773); don Alonso los califica de *fieras* y *bárbaros* (773); Biedma también los compara con animales salvajes y cruels:

BIEDMA No hay onzas fieras
 que, sangrientas y ligeras,
 en ganado humilde entrasen
 que mayor estrago hiciesen. (773)

Y poco después el mismo Biedma insiste en decir que son "los bárbaros más fieros" (773). A su vez, don Felipe comenta que "un bárbaro" ha herido a don García de una pedrada (774); Rebolledo afirma que don García viene a pacificar "su bárbara rebeldía" (782), y luego dirá: "Allá estuve cautivo entre

⁹ Enmiendo por el sentido la lectura del primer verso que traen Gómez y Cuenca, "¡Pues en verdad que éstos son!", que resulta a todas luces errónea.

esos bárbaros" (804); "son crueles estos araucanos" y "fieros son", señala don Felipe (804), quien proclama también: "Notable fiera / fue siempre este Galvarino", comentario remachado por don García: "Todos son desta manera, / todos por este camino" (819); don Alonso habla de sus "bárbaros intentos" (832); Avendaño llama *bárbaro* a Caupolicán (837), y así sucesivamente. Un ejemplo de su brava entereza e indiferencia ante el dolor lo ofrece Galvarino en su suplicio: cuando le cortan una mano, inmediatamente pone la otra sobre el tronco, impertérrito, para que el verdugo prosiga con su tarea (820).

Más detalles: se califica de "muerte fiera" la que los indios dieron a Valdivia (837). Se insiste en que Caupolicán es fiero, pero igualmente en que don García domará Arauco, como refleja este diálogo, rematado de nuevo con los calificativos de *bárbaro* y *fiero* aplicados al cacique:

ALONSO	¿Si llevarán ya creído que por tu brazo ha de ser domado Arauco?
GARCÍA	Hasta ver a Caupolicán vencido les parecerá imposible. ¡Notable bárbaro!
FELIPE	¡Fiero! (776)

Resulta interesante que en la escena final de la muerte de Caupolicán, este ha asimilado totalmente el punto de vista de los españoles; cuando don García le explica que no puede perdonarle, dada su condición de líder rebelde, él mismo afirma que dejarle con vida sería "conservar la rebeldía / que en estos bárbaros ves" (840-41); se trata de un Caupolicán ya cristianizado que lanza un "¡Por Dios!" (841) y que reconoce: "Aunque bárbaro, / bien siento los consejos que me dan" (843, refiriéndose a los relativos a la salvación de su alma); antes, sigue indicando, "yo era bárbaro" (846), pero tras recibir el bautismo ya no lo es, de ahí que pida a don García: "Da muerte al cuerpo en castigo; / da vida al alma, que es más. [...] piérdase el cuerpo, que es tierra; / gánese el alma, que es cielo" (843).

La animalización de los indios la encontramos cuando las mujeres araucanas defienden altivas el valor de sus respectivos maridos. Por ejemplo:

GUALEVA	¡Ay, Millaura mía! Cuando Tucapel porfía, no es tan invencible el mar. Bien sé que Rengo es un tigre, mas mi esposo es un león. (776)
---------	---

Y esa fiereza salvaje y animal de los araucanos asoma en la comedia aquí y allá. Así, Engol, que como hijo de Caupolicán se considera "hijo de león" (826), se muestra dispuesto a sacar el corazón a don García (813); si sorprenden a los españoles en su ataque, los indios los pasarán a cuchillo y los degollarán a todos (808 y 811). Por supuesto, al tratar de su

fiereza y crueldad, debemos recordar la escena en que Fresia, la esposa de Caupolicán, estrella contra un peñasco a su hijo pequeño (841-42), pues considera que su padre ha sido demasiado cobarde, ya que se ha dejado capturar en vez de pelear hasta la muerte. La trágica, cruel y desesperada acción de la madre matando a su propio hijo es glosada por los comentarios de don Felipe: “¿Qué fiera / hiciera aquella crueldad?”; de don García: “¡Terrible mujer!”; y de Avendaño: “¡Soberbia!” (842). Además, Fresia se ofrece para ser ella misma el verdugo de su esposo, tan indigno –en su opinión– por haberse rendido.

Otro aspecto interesante es la caracterización de los caudillos araucanos como personajes orgullosos y jactanciosos. Se trata sobre todo de la triada formada por Caupolicán, Tucapel y Rengo; pero también Talguén, Orompello, Engol y otros sueltan continuamente fieras bravuconadas que resaltan hiperbólicamente su valentía. Las citas que podrían aducirse son muy numerosas. Por ejemplo, esta en que Caupolicán le dice a su compañera:

De todo lo que miras
eres, Fresia, señora;
ya no es de Carlos ni Felipe Chile.
Ya vencimos las iras
del español, que llora,
por más que contra Arauco el hierro afile,
el ver que aún hoy distile
sangre esta roja arena
en que Valdivia yace,
del polo en que el sol nace
a donde sus caballos desenfrena.
No hay poder que me asombre:
yo soy el dios de Arauco, no soy hombre. (759)

Y se muestra dispuesto a enlosar el mar con cabezas de españoles, todo para hacer de Fresia, no solo reina de Arauco y de Chile, sino también reina del mundo. Más casos: se habla “del brazo riguroso / del soberbio Tucapel” (764, Tucapel); “Rengo soy; rayo me nombro” (764, Rengo); “No hay Pillán; yo basto y sobro / contra el mundo” (765, Tucapel); “uno por mil valéis” (767, Talguén); Rengo afirma que Chile no es Perú, y que los españoles no saldrán vivos de allí (771). Cuando Caupolicán pregunta quién asaltará el fuerte de los contrarios, responde Tucapel: “Yo, que soy rayo y soy muerte” (772)¹⁰; y cuando Rengo logra entrar en el fuerte y pelea con don Felipe de Mendoza, exclama: “Soy Rengo, el que ha tenido / más despojos de vosotros / en Chile” (772); “yo solo al bravo español / arrojaré donde cierra / con llave la noche al sol, / porque no vuelva a esta tierra” (798, de nuevo Rengo, quien a continuación promete traer la cabeza de los principales capitanes españoles, que enumera); “yo solo basto / a matar mil españoles” (772, Engol), etc.

¹⁰ Enmiendo la lectura equivocada *raro* de Gómez y Cuenca.

Ese orgullo desmedido de los rivales Tucapel y Rengo lo apreciamos igualmente en diálogos como este:

TUCAPEL	iDetente, general Caupolicán, que los que contigo van son muchos para esa gente! Déjame ir solo, no digan que fuimos dos araucanos para treinta mil cristianos.
RENGO	Oye, que a todos obligan. Ten paciencia, pues yo voy, que también pudiera solo hacer temblar este polo, pues todos sabéis quién soy. (767)

En fin, la extremada valentía de los araucanos se extiende a sus mujeres; así, Gualeva dice: "Si Tucapel murió, / por él saldré al campo yo" (779), y pide acto seguido la macana a Orompello; en su enfrentamiento con Rengo, en esa misma escena, lo llama *afeminado* (779). Por su parte, Fresia, indignada ante las propuestas de paz que manifiestan algunos, expresa con vehemencia que pelearán las mujeres, si los maridos rinden las armas (826).

Visión idealizada, por un lado, de los indígenas. Pero la comedia de *Arauco domado* también nos transmite la imagen de un indio sensual, cruel, antropófago... La sensualidad apunta claramente en la escena del baño de Caupolicán con Fresia (758-61), cuando las delicias amorosas le hacen olvidar al *toqui* sus obligaciones militares (ver Lauer, 1996). La crueldad del "indio bárbaro" (831) también la apreciamos en varios pasajes: así, don García reconoce taxativamente que "el indio es cruel" (819). Las prácticas de canibalismo aparecen en el episodio de la captura de Rebolledo (790-93): Tucapel quiere que lo asen para comérselo entero (expresión que cabe interpretar en sentido literal, o bien como una más de sus muchas bravatas¹¹); en otro momento se menciona que el destino de algunos españoles prisioneros es también el de ser asados (820). Asimismo, se mencionan con frecuencia las borracheras y orgías a que se entregan estos salvajes; un indio yanacona alude a "una fiesta y borrachera / de las que suelen hacer / en Cayocupil" (820); y se indica enseguida que "Tienen para emborracharse / de chicha cántaros llenos" (821). Un motivo muy repetido es el de la calavera de Valdivia, que han convertido en vaso, engastado en oro, para sus libaciones, que son libaciones de sangre (ver Donoso, 2006). En efecto, cuando Tucapel quiere tratar de paz, Engol le reprocha su actitud con estas palabras:

¹¹ Sea como sea, esta escena está al servicio de la comicidad; recordemos que Rebolledo logra salvar la vida gracias a su ingenio, al convencer a los indios de que tiene una enfermedad contagiosa llamada... *escapatoria*.

ENGOL Di, Tucapel:
 ¿eres tú el soberbio y fiero
 que tantas veces bebiste
 sangre de aquestos ladrones
 que de remotas naciones
 vienen donde libre fuiste
 solamente a hacerte esclavo? [...]
 ¿Eres el que los asabas,
 y que aun crudos los comías?
 ¿Eres el que los decías
 tantas arrogancias bravas?
 ¿Eres el que hiciste hacer
 de las canillas famosas
 de Valdivia dos hermosas
 trompetas para tañer?
 ¿Eres el que las llevaba
 a las batallas delante,
 a cuyo son tu arrogante
 pecho tanto se animaba?
 ¿Eres el que, puesto en oro
 el casco de su cabeza,
 hiciste una hermosa pieza
 en que por grande tesoro
 bebías chicha y perper
 con los caciques de Chile? (824-25)

En otro pasaje, Caupolicán dice que es él quien guarda tan preciado vaso:

CAUPOLICÁN Yo tengo engastado en oro
 de Valdivia el mismo casco,
 donde con alegre fiesta
 quiero que todos bebamos
 sangre de algún español,
 y con música y aplauso
 juremos morir o echar
 los españoles de Arauco. (830)

A su vez, el español don Alonso evoca el mismo motivo:

Están ahora en la fiesta,
 donde el casco de Valdivia
 sirve de copa, en que, puesta
 sangre humana fresca y tibia,
 quieren beber sobre apuesta. (832)

Motivo que se reitera todavía una vez más en la propia escena de esa fiesta que celebran los araucanos en Purén; tras el canto de los músicos, asistimos a este diálogo:

CAUPOLICÁN ¡Hola! Dadnos de beber.
 RENGÓ Aquí está el casco engastado
 de Valdivia.

CAUPOLICÁN Este ha de ser
 el día más celebrado
 que en Arauco se haya visto.

RENGO Toma, y esa sangre bebe.

CAUPOLICÁN Con ella la sed resisto,
 que aunque está caliente, es nieve. (836)

3.2. La caracterización de Caupolicán

En el apartado anterior ya nos han ido apareciendo varios aspectos de esa caracterización del "gran general de Chile" (845); añadiré ahora otros detalles que completan su retrato. Se destaca, claro está, su condición hercúlea ("aquel membrudo / gigante fiero [...] / que desde el hombro arriba excede a todos", 769-70; "un gigante", 842). Su esposa Fresia se dirige a él diciéndole: "Tú, que eres el señor de hombres y fieras" (760); Caupolicán es "un pecho / a quien se rinde España" (760), un "pecho invencible" (816). Se destaca su capacidad de liderazgo, pues es capaz de rebelar a los indios pese a la superioridad de armas y caballos de los españoles (si bien, en el plano histórico, ese papel le correspondió más bien a Lautaro; como se sabe, es Ercilla en *La Araucana* quien magnifica la figura del *toqui*):

FRESIA Ya la española espada,
 el arcabuz temido
 que truenas como el cielo
 y rayos tira al suelo,
 y el caballo arrogante en que subido
 el hombre parecía
 monstruosa fiera que seis pies tenía,
 no causarán espanto
 al indio que rebelas,
 cuya libre cerviz del cuello sacas
 del español que tanto
 le oprimió con cautelas,
 cuya ambición de plata y oro aplacas. (760)

En el acto segundo, él mismo hace un resumen de la lucha araucana por la libertad con anterioridad a la llegada de don García:

CAUPOLICÁN Ya veis, valientes chilenos
 y gallardos araucanos,
 cómo al español Felipe
 nos habemos rebelado,
 porque muchos de nosotros
 éramos ya sus vasallos
 y aun el bautismo de Cristo
 no pocos indios tomaron.
 Pareció famosa hazaña
 al generoso Lautaro
 y a otros sacar el cuello

de los españoles lazos.
 Sucedió como sabéis:
 murió Valdivia en Arauco,
 vencimos a Villagrán;
 libres entonces quedamos. (794)

Al final el *toqui* Caupolicán muere, pero después de haber recibido el bautismo (siendo don García su padrino, como ya comenté); y después de haber declamado el bello soneto de arrepentimiento que comienza "Señor, si yo era bárbaro, no tengo / tanta culpa en no haberos conocido..." (846).

3.3. El reflejo de la sociedad araucana

¿En qué medida refleja una comedia como *Arauco domado* el mundo indígena? ¿Con qué exactitud quedan recogidas en las obras de este ciclo de comedias las costumbres araucanas, sus creencias religiosas, el vestuario y las armas, las comidas y bebidas, las músicas y los bailes...? ¿Qué tipo de conocimientos sobre aquella sociedad podían tener Lope –que no estuvo en América– y los demás dramaturgos que escribieron obras de esta temática? De entrada, cabe responder que tal conocimiento era fundamentalmente libresco, es decir, de carácter erudito y literario. Para quienes dramatizaron asuntos relacionados con las guerras de Arauco, la fuente de información principal fue –así lo ha señalado reiteradamente la crítica– *La Araucana* de Ercilla, y en menor medida el *Arauco domado* de Oña. De estos dos poemas épicos los dramaturgos extrajeron datos y noticias que les permitían reproducir, con mayor o menor exactitud, aquel exótico escenario chileno y sus gentes, con sus costumbres y creencias, o al menos dar una idea aproximada de ellos. En este sentido, también la obra de Lope trata de reflejar algunos detalles de aquella sociedad, siquiera a través de pinceladas sueltas que proporcionan cierta dosis de "color local"; esa misma función tiene la inclusión en estas obras de algunas palabras de origen amerindio, aunque los términos utilizados no siempre pertenezcan al ámbito lingüístico que correspondería en sentido estricto (en este caso, el *mapudungun* de los mapuche): basta que las palabras sean de origen americano para lograr, desde el punto de vista lingüístico (exclusivamente léxico), la impresión de exotismo y veracidad. Por supuesto, la toponimia (Arauco, Ancud, Engol, Purén, Cayocupil...) y los nombres propios de los indios (ver, además del reparto, la lista de personajes araucanos mencionados en la página 799) contribuyen asimismo a dar sensación de verosimilitud a la acción y de exactitud geográfica.

Por lo que toca a las creencias religiosas, en *Arauco domado* abundan las alusiones al Sol como divinidad adorada por los araucanos, que lo incluyen en sus juramentos o en expresiones desiderativas: Fresia dice "permítame el Sol / que Chile se libre dé!" (781); Gualeva da gracias al Sol (805); Caupolicán exclama: "¡Válgame el Sol!" (814) y "el Sol me castigue" (816); Tucapel arroja un "¡vive el Sol!" (764), juramento que pronto se convierte, en boca del mismo personaje, en un castizo y español "¡vive Dios!" (768). Algo semejante, pero en orden inverso (primero un "¡Por Dios!" y luego un "¡Vive Apó!"), sucede en la escena del enfrentamiento de Engol con Tucapel:

ENGOL ¡Por Dios, que había de hacerte
 muy mal estomago allá...! [...]
 ¡Vive Apó, si no estuviera
 mi padre aquí...! (826)

Caupolicán, en su soneto de arrepentimiento religioso, confiesa: "Pasé adorando al Sol mis años tristes" (846); y antes, en su pelea cuerpo a cuerpo con don García, se había presentado a sí mismo como hijo del Sol:

CAUPOLICÁN ¿Sabes que [mi vida] está al Sol asida,
 en cuyos rayos estoy?
 ¿Sabes que es mi padre y que es
 suyo este cetro que rijo? (772-73)

Idea que se reitera –de forma indirecta– cuando el *toqui* resulta herido en una batalla:

RENGO Hiriole el gran español,
 el gallardo don García,
 porque herirle no podía
 menos que un hijo del Sol. (778)

También su hijo Engol se presenta en algunas ocasiones como hijo del Sol ("yo soy hijo del Sol, que el Sol / solo pudo hacer a Engol", 813; ver también 814).

Una divinidad varias veces aludida es la denominada Apó (palabra araucana que viene a significar 'jefe'; por extensión, podría significar 'deidad, dios'); así, Caupolicán es el "valiente araucano / a quien Apó soberano / hizo de Arauco señor" (770); se alude al "soberano Apó" (795 y 813), al "santo Apó" (799 y 836), o se indica: "No quiera Apó que lo veas" (838).

Más importancia reviste en la obra otra figura destacada de la mitología araucana, el "Pillán divino", espíritu poderoso y benigno, muy respetado por considerársele vía de conexión con los ancestros, que aquí interviene como personaje (761-62). En efecto, Rengo pide a Pillalonco, sacerdote sagrado entre los indios, que haga una consulta al Pillán, y en el diálogo se mencionan algunos elementos necesarios para invocar al espíritu:

RENGO Haz tu oficio, Pillalonco:
 consulta a nuestro Pillán.

PILLALONCO ¿Traéis la lana?

TALGUÉN Aquí están,
 sacerdote, lana y tronco.

PILLALONCO Retiraos todos allí
 mientras comienzo el conjuro. (761)

Además la acotación indica: "Retírense, y el viejo ponga un ramito en el suelo y una vedija de lana encima" (762); y la siguiente: "Salga por el

escotillón Pillán, demonio, con un medio rostro dorado y un cerco de rayos, como sol, en la cabeza y el medio cuerpo con un justillo de guadalmequí de oro (762). Este Pillán les vaticina a los araucanos su derrota: don García vencerá nueve batallas y fundará siete ciudades en su territorio. Sus réplicas aparecen tras la indicación de locutor "Demonio". Así como se ha hecho presente por el escotillón (la trampilla en el suelo del tablado que permitía este tipo de apariciones y desapariciones), sale de escena por el mismo sitio con acompañamiento de fuego ("*Disparen un arcabuz y ciérrese, o echen por allí una llama*", 765); y poco después, cuando se le aparece a Caupolicán para exhortarle a la lucha, abrasa de llamas el agua, que deja con olor a "alquitrán ardiente" (766). Más tarde, cuando a Caupolicán se le presente en medio de un árbol la sombra de Lautaro (814-16), creará en un primer momento que se trata del Pillán.

La creencia de los indígenas en agüeros aparece en el momento del ataque a los españoles que sucede en el acto segundo: Fresia y Millaura han tenido ciertos sueños y presagios relativos a la derrota araucana en la batalla; al mismo tiempo, su diálogo pone de relieve que los españoles no creen en ellos:

MILLAURA	Agrádame en los cristianos el no andar desvanecidos en estos agüeros vanos.
FRESIA	Tenémoslos recibidos como por ley los indianos. (810)

En este tramo de la obra se da una sucesión de escenas en las que alternan superstición / religión / superstición: en efecto, después de ese pasaje relativo a los presagios de las araucanas, vemos que las salvas que los españoles disparan para festejar la festividad de San Andrés logran desbaratar el ataque sorpresivo de los araucanos, que se creen descubiertos (es decir, un elemento de religiosidad salva providencialmente a los españoles). Y seguirá luego la escena en que Lautaro se le aparece a Caupolicán, que ha resultado herido, en medio de un árbol, en forma de sombra, para animarle a que continúe la lucha por la libertad, pues la vida no vale nada –le dice– "si es sujeta, esclava y triste" (815).

Pasando al terreno del arte de la guerra y las prácticas militares (ver Checa, 2006), en la comedia se describen las armas de los nativos (los arcos y las flechas, junto con las macanas, son las más mencionadas; pero también se alude a mazas, carcajes, hondas y piedras, alcancías...). Las acotaciones escénicas apenas aluden al vestuario, pero algunas réplicas de los personajes nos brindan algunas pistas; así, sabemos que los guerreros se adornan con plumas: Talguén indica que, para no ser descubiertos en su ataque sorpresa, "Fuera de senda venimos, / hasta las plumas quitadas, / porque no las viese el viento" (808); en el parlamento de Galvarino menciona hasta en tres ocasiones las plumas, y afirma que es preferible a la esclavitud el morir peleando "llenos de plumas", luciendo "esas plumas / de que os miráis coronados" (828). En un determinado momento Caupolicán menciona una "capa de grana" que piensa ofrecer como recompensa "al primero / que con maza, arco o acero / sacare sangre cristiana" (766-67).

Un detalle quizá menor, pero en el que se insiste en dos ocasiones en el acto primero, es el hecho de que las victorias anteriores permiten a los araucanos tener y manejar armas de los españoles. Dice el propio Caupolicán:

Picas tenemos y espadas
que ganamos en la guerra
pasada, que desta tierra
fueron ya tan estimadas. (767)¹²

Se describe asimismo la forma de pelear en aquella cruel y violenta guerra (“al mar de Chile corrían / arroyos de sangre humana”, 788), que era una sucesión de *malocas* y *malones*, es decir, de entradas de castigo de los españoles en territorio araucano y de contraataques masivos como respuesta por parte de los indios:

ALONSO ... vienen, como descende en el verano
granizo en árbol de medrosos pájaros,
a no dejarte piedra sobre piedra;
que es ver la variedad de armas extrañas,
de pellejos de lobos y leones,
de conchas de pescados y de fieras,
las mazas, las espadas y alabardas
ganadas en batallas de españoles;
los instrumentos varios que ensordecen
el aire, las alegres y altas voces;
y que es de ver delante aquel membrudo
gigante fiero y general que traen,
que desde el hombro arriba excede a todos.
¡Ea, señor!: ¿no escuchas ya los gritos
con que niegan a Carlos la obediencia? (769-70)

Y se dan nuevas indicaciones sobre cómo se producían esos ataques masivos de los indios, acompañados de sus instrumentos bélicos: “*Salen indios músicos delante, con unos tamborillos, y por ser fuerza para cantar, con sus guitarras, y detrás Caupolicán con todos sus soldados*” (770)¹³. En la canción que entonan se jactan de haber vencido a Valdivia y Villagrán, y proclaman que también vencerán a don García. Por su parte, las indias acompañan a los araucanos para ayudarles en el combate, asistiéndoles con comida y bebida, tal como indica la acotación: “*Salen las indias Gualeva, Quidora, Fresia y Millaura con unas cestillas de fruta y unas botellas o barros de agua*” (775), tras lo cual mantienen esta conversación:

GUALEVA *Madi* traigo en mi cestillo;
perper traigo que beber. [...]

¹² En un determinado momento, Caupolicán pide a Engol una alabarda (837); en otra ocasión Engol jura a su padre “no vestirme las armas / que a españoles has quitado” (846).

¹³ Se mencionan atambores, parches y pífaros como instrumentos musicales usados por los araucanos (829), y hay otra referencia más vaga a instrumentos propios de los indios, diferentes de los españoles (820).

MILLAURA Yo traigo aquí
el *ulpo* mejor que vi,
por si cansado o herido
de aquesta batalla sale,
Fresia, mi adorado Rengo.

QUIDORA Yo aquí mi *cocavi* tengo,
que no hay cosa que le iguale,
y también truje *muday*
porque beba mi Talgueno. (775)

Gualeva incluso llega a hacer uso ella misma de la macana para rescatar a Tucapel, tal como le explica: "Pues yo con esta macana / te saqué de un escuadrón / aquella propia mañana / que te llevaba en prisión" (789).

Otro pasaje de la comedia dramatiza el intento de asalto por sorpresa al fuerte de Penco (porque "Toda la guerra en el ardid consiste", argumenta Rengo, 808). Se dan también algunas cifras sobre el número de combatientes: se indica en la primera jornada que atacan 20.000 indios y que tocan 300 para cada español (770). Más adelante se dobla la cantidad de atacantes: se dice que bajan contra los españoles 40.000 araucanos (781), cifra que se reitera en el diálogo inicial de la segunda jornada entre don Felipe y Alarcón:

ALARCÓN Pero ¿qué dijera España
si hubiera visto esta tarde
seiscientos hombres de alarde
para tan notable hazaña
y venir un escuadrón
de cuarenta mil indianos,
por lo menos, araucanos,
que es formidable nación? (785)

Y poco después, el número incontable de los guerreros araucanos se pondera con una hipérbole: "Más indios que arenas y hojas" (786).

En fin, asistimos en el desarrollo de la comedia a los consejos que celebran los caciques o capitanes para preparar sus ataques o para debatir sobre la conveniencia de firmar la paz o continuar la guerra (don Alonso hablará del "senado / de sus caciques", 831).

Por lo que se refiere a la inclusión en la comedia de palabras de origen americano, además de las ya mencionadas recientemente (*madi*, *perper*, *ulpo*, *cocavi*¹⁴), encontramos otras como *yanacóna*, *hamaca*, *tambo*, *galpón*, *canoas*, *macana*, *guacamayas*, *chicha*, *caciques*, *piragua*, *areito*, etc. Una mención especial merece la famosa canción del Biobío que cantan los indios en la fiesta

¹⁴ Estas palabras de Rebolledo aluden a lo extraño de los nombres de las hierbas en la lengua autóctona, pero sin mencionarlos explícitamente: "Yo como yerbas aquí / de nombres que indios les dan, / que ni se los puso Adán, / ni en la vida los oí" (781); e inmediatamente después se pregunta: "¿Hay maíz como empanada / de una trucha o de un salmón?".

que celebran en Purén, cuyo estribillo en sus dos versos iniciales constituye una especie de jitanjáfora, y de la que transcribo solamente el comienzo:

MÚSICOS *Piraguamonte, piragua,
piragua, jevizarizagua.*
En una piragua bella,
toda la popa dorada,
los remos de rojo y negro,
la proa de azul y plata,
iba la madre de Amor
y el dulce niño a sus plantas;
el arco en las manos lleva,
flechas al aire dispara;
el río se vuelve fuego,
de las ondas salen llamas.
¡A la tierra, hermosas indias,
que anda el Amor en el agua!
*Piraguamonte, piragua,
piragua, jevizarizagua:*
Bío-Bío,
que mi tambo le tengo en el río. (834)

4. A modo de conclusión

En definitiva, podemos afirmar que la imagen de los indígenas ofrecida por Lope en esta comedia de *Arauco domado* es doble: por un lado, los araucanos, con Caupolicán al frente, aparecen caracterizados como valientes e indómitos guerreros defensores de su libertad y manejan un mismo código de valores que los españoles (nobleza, galanura...); pero, por otro, también quedan retratados con rasgos de extrema fiereza y crueldad (son antropófagos, beben sangre humana, no dan cuartel en el combate...). Por lo que toca a los aspectos relacionados con la vida araucana (creencias religiosas, costumbres, armas y prácticas militares, comida y bebida, música, etc.), la comedia recoge una serie de detalles, más o menos precisos, que tratan de reflejar aquella sociedad tan lejana y exótica para el público español del siglo XVII. En fin, cabe concluir que ese imaginario indígena araucano que evoca Lope es fundamentalmente libresco, siendo *La Araucana* de Ercilla el principal referente y la fuente de inspiración última.

Obras citadas

- Antonucci, Fausta. "El indio americano y la conquista de América en las comedias impresas de tema araucano (1616-1665)". *Relaciones literarias entre España y América en los siglos XVI y XVII*. Coord. Y. Campbell. Ciudad Juárez: Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 1992: 21-46.
- Arellano, Ignacio (ed.). *Las Indias (América) en la literatura del Siglo de Oro*. Kassel: Reichenberger, 1992.
- Auladell Pérez, Miguel Ángel. "De Caupolicán a Rubén Darío". *América sin nombre*, 5-6 (2004): 12-21.
- . "Los araucanos como personajes literarios". *América sin nombre*, 9-10 (2007): 21-26.

- Campos Harriet, Fernando. *Don García Hurtado de Mendoza en la historia americana*. Santiago: Andrés Bello, 1969.
- Castells, Isabel. "Suele amor trocar con Marte las armas: la conquista erótica y militar del Nuevo Mundo en tres comedias de Lope de Vega". *Anuario Lope de Vega*, 4 (1998): 87-96.
- Castillo, Moisés R. *Indios en escena. La representación del amerindio en el teatro del Siglo de Oro*. Purdue: Purdue University Press, 2009.
- Checa, Jorge. "Los araucanos y el arte de la guerra". *Prolija memoria*, II, 1-2 (2006): 25-51.
- Corominas, Juan María. "Las fuentes literarias del *Arauco domado*, de Lope de Vega". *Lope de Vega y los orígenes del teatro español*. Ed. Manuel Criado de Val. Madrid: Edi-6, 1981: 161-170.
- Dille, G. F. "El descubrimiento y la conquista de América en la comedia del Siglo de Oro". *Hispania*, 71.3 (1988): 492-502.
- Dixon, Víctor. "Lope de Vega, Chile and a Propaganda Campaign". *Bulletin of Hispanic Studies*, 70.1 (1993): 79-95.
- Donoso, Miguel. "Pedro de Valdivia tres veces muerto". *Anales de Literatura Chilena*, 7 (2006): 17-31.
- Ercilla, Alonso de. *La Araucana*. Ed. Isaías Lerner. Madrid: Cátedra, 1993.
- Franco, Ángel. *El tema de América en los autores españoles del Siglo de Oro*. Madrid: Nueva Imprenta Radio, 1954.
- Góngora Marmolejo, Alonso de. *Historia de todas las cosas que han acaecido en el Reino de Chile y de los que lo han gobernado (1536-1575)*. Ed. Miguel Donoso Rodríguez. Pamplona-Madrid-Frankfurt: Universidad de Navarra-Iberoamericana-Vervuert, 2010.
- Janik, Dieter. "La materia de Arauco y su productividad literaria". *La formación de la cultura virreinal, II, El siglo XVII*. Eds. Karl Kohut y Sonia V. Rose. Frankfurt-Madrid: Vervuert-Iberoamericana, 2004: 121-134.
- Kirschner, Teresa J. "La evocación de las Indias en el teatro de Lope de Vega: una estrategia de inclusión". *Mira de Amescua en candelero*. Coords. Agustín de la Granja y Juan Antonio Martínez Berbel. Granada: Universidad de Granada, 1996. II: 279-290.
- Lauer, A. Robert. "El baño de Caupolicán en el teatro áureo sobre la conquista de Chile". *Mira de Amescua en candelero*. Coords. Agustín de la Granja y Juan Antonio Martínez Berbel. Granada: Universidad de Granada, 1996. II: 291-304.
- _____. "La conquista de Chile en el teatro español del Siglo de Oro". *El escritor y la escena II*. Ed. Ysla Campbell. Ciudad Juárez: Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 1994: 95-103.
- Leavitt, Sturgis E. "Lope de Vega y el Nuevo Mundo". *Mapocho*, 1 (1963): 32-42.
- Lee, Mónica Lucía. *De la crónica a la escena: Arauco en el teatro del Siglo de Oro*. Ann Arbor, MI: UMI, 1996.
- Lerzundi, Patricio C. *Arauco en el teatro del Siglo de Oro*. Valencia: Albatros Hispánofila Ediciones, 1996.
- Martínez Chacón, Elena. "Una comedia chilena de Lope de Vega". *Mapocho*, 5 (1965): 5-33.
- Mata Induráin, Carlos. "El personaje de Caupolicán y la alegoría cristológica en *La Araucana*, auto sacramental atribuido a Lope de Vega". *Compostella aurea. Actas del VIII Congreso de la Asociación Internacional Siglo de Oro (AISO)*. Eds. Manuel Azaustre Galiana y Santiago Fernández Mosquera.

- Santiago de Compostela: Servizo de Publicacións e Intercambio Científico de la Universidade de Santiago de Compostela, 2011. II: 1183-1192.
- . "Rebeldes y aventureros en *Los españoles en Chile* (1665), de Francisco González de Bustos". *Rebeldes y aventureros: del Viejo al Nuevo Mundo*. Eds. Hugo Cortés, Eduardo Godoy y Mariela Insúa. Pamplona-Madrid-Frankfurt: Universidad de Navarra-Iberoamericana-Vervuert, 2008: 161-186.
- . "'Cautivo quedo en tus ojos': el cautiverio de amor en el teatro del Siglo de Oro sobre la conquista de Arauco". *El cautiverio en la literatura del Nuevo Mundo*. Eds. Miguel Donoso, Mariela Insúa y Carlos Mata. Pamplona-Madrid-Frankfurt: Universidad de Navarra-Iberoamericana-Vervuert, 2011: 169-193.
- Muñoz González, Luis. "Perspectiva dualista en el *Arauco domado* y en *La Araucana* de Lope". *Acta literaria*, 17 (1999): 77-90.
- Pedro, Valentín de. *América en las letras españolas del Siglo de Oro*. Buenos Aires: Sudamericana, 1954.
- Romanos, Melchora. "La construcción del personaje de Caupolicán en el teatro del Siglo de Oro". *Filología*, XXVI, 1-2 (1993): 183-204.
- Ruano de la Haza, José María. "Las dudas de Caupolicán: *El Arauco domado* de Lope de Vega". *Theatralia*, 6 (2004): 31-48.
- Ruiz Ramón, Francisco. *América en el teatro clásico español. Estudio y textos*. Pamplona: Eunsa, 1993.
- Suárez de Figueroa, Cristóbal. *Hechos de don García Hurtado de Mendoza, cuarto Marqués de Cañete*. Madrid: Imprenta Real, 1613.
- Vega, Lope de. *Arauco domado. Comedias*, IX. Ed. Jesús Gómez y Paloma Cuenca. Madrid: Biblioteca Castro/Turner, 1994.
- Zugasti, Miguel. "Notas para un repertorio de comedias indianas del Siglo de Oro". *Studia Aurea. Actas del III Congreso de la AISO (Toulouse, 1993), vol. II, Teatro*. Eds. Ignacio Arellano, M^a Carmen Pinillos, Frédéric Serralta y Marc Vitse, Pamplona-Toulouse: GRISO-LEMSO, 1996: 429-442.